

Los clásicos del Teatro Español y la Juventud Cubana

Nora Badía
Asesora Literaria del Teatro
Nacional de Guiñol de La Habana

Desde los primeros cursos como alumna y después como profesora de la entonces Academia Municipal de Arte Dramático de La Habana, llamó nuestra atención la curiosa reacción de los jóvenes adolescentes ante los grandes creadores de la dramática española. ¿Qué ocurría con ellos que ofrecían resistencia a la lectura de las obras más conocidas, incluidas las de Cervantes, Lope de Vega, Calderón, etc.?

Durante el estudio de escena de *"El perro del hortelano"* recordamos una anécdota ilustrativa en la clase de Actuación dictada por el profesor Modesto Centeno: el joven que hacía el Teodoro tropezaba continuamente con el texto. A la pregunta del Profesor: ¿Qué le pasa? ¿No ha estudiado?, el muchacho respondió con evidente turbación: "Sí, pero... lo que pasa es que... bueno, no me gustan los versos... Eso es recitar... En la vida real uno no habla así. No recita". Y el Profesor, sonriendo, respondió: "Yo no le he pedido que recite. Es más ni siquiera espero que se acuerde de que se trata de versos. Quiero, sencillamente, que hable. —Y resumió:— No recite, diga las palabras pensando en lo que quieren decir... A ver, pruebe". El joven hizo una y varias tentativas, siguiendo las indicaciones del director. Y para su propia sorpresa, poco después comenzaba a dominar el texto: el verso fluía de un modo natural. Más tarde confesaba: "Es que yo nunca había leído un clásico... y tampoco lo he visto en escena". Esto ocurría en marzo del año 1948.

Los años transcurrieron.

Hubo un primero de enero de 1959. En abril de ese mismo año el Di-

rector Adolfo de Luis estrenaba en el Teatro del Pueblo, auspiciado por el Municipio de Bellas Artes en el Anfiteatro de La Habana "*El sí de las niñas*", de Moratín, para un público mayoritariamente joven.

Por otra parte, el amplio movimiento de aficionados, grupos formado en centros escolares de cualquier nivel, permite el montaje y la práctica frecuente de escenas cumbres de las más grandes obras y aún obras completas. Miles de grupos de aficionados incluyeron con mucha frecuencia a Cervantes, Lope de Rueda o Lorca en su repertorio de Festivales.

Pero experiencias más recientes que las ya apuntadas ilustran lo dicho. La Directora Berta Martínez, de Teatro Estudio, nos habla de sus vivencias: "He montado en 1969 "*Don Gil de las Calzas Verdes*" y realmente obtuvimos muy ricos frutos en este trabajo, al que vinculamos al Pre-Universitario del Vedado. Incorporamos al alumnado como público primero, en estudio de sus reacciones y los extraordinarios resultados fueron tales que los estudiantes se disputaban la oportunidad de actuar, montando por sí mismos o bajo nuestra orientación, escenas de la obra y asimilando, ante nuestro asombro, complejas situaciones escénicas". Don Gil... fue un éxito completo.

En la década del 70 un director joven, curtido ya como actor, Eugenio Domínguez, lanza a la escena de Teatro Estudio "*El lindo Don Diego*". De sus impresiones de entonces nos habla: "Es indudable una empatía de los más profundos temas de la dramática española clásica con la realidad actual. Claro que estos temas son de una gran universalidad y forzosamente tienen que llegarle a nuestros jóvenes, tan enterados, tan alertas a la problemática mundial.

Por ejemplo, en "*El lindo Don Diego*" la ridiculización del tipo arrancó, junto a la risa, el rechazo a aquellos que colocan la vanidad de lo externo por encima de los valores permanentes de la Humanidad. La obra fue bien comprendida".

Y añade: "Como actor tengo también experiencias muy satisfactorias: "*La dama boba*", dirigida por Vicente Revuelta y en la que hice el Miceno, consejero del padre, constituyó un memorable éxito. Con los clásicos he-

mos ido a centros escolares donde varios cientos de alumnos han aplaudido y vitoreado en pie las obras. Puedo decir que los clásicos del teatro español han tenido siempre entre nuestra juventud una acogida positiva, óptima“.

Hay que creerlo así. Los hechos lo confirman. Una especie de cordón umbilical enlaza a los personajes de nuestro teatro vernáculo y su natural picardía con sus lejanos antepasados de la picaresca española. Semejantes factores sociales dieron vida a los personajes de los Pasos de Lope de Rueda, los pícaros de *“La Tierra de Jauja”*; a los de los entremeses cervantinos como en *“El retablo de las maravillas”*, etc., y al Negrito, el Gallego y la Mulata de la Alhambresca pseudo-república.

Son múltiples las razones, además de las señaladas, para la abierta acogida que de los clásicos de la dramática española hace nuestra juventud. Entre ellas y no en poca medida, está la preocupación que los órganos oficiales de la cultura han manifestado por llevar al alcance de las grandes masas de la población aquellas expresiones artísticas que, por razones de la trasculturación, son parte de nuestra herencia...
